

EN LA BALDA MÁS ALTA DE LA ESTANTERÍA

Querido amor mío:

No es habitual que te escriba una carta, puesto que estamos casi siempre el uno al lado del otro, ¿verdad? No es habitual, pero me han entrado unas ganas tremendas de hacerlo y me he dicho: ¿por qué no?

Acabo de estar colocando la balda más alta de la estantería y he visto el archivador donde guardo todas nuestras cartas de cuando éramos novios y aún después. Sí, creo que es eso lo que me ha provocado que esté ahora en el teclado del ordenador. Y es curioso, no me he parado a leer ni una sola de las cartas de entonces, como he hecho otras veces, casi siempre que organizo los estantes cuando veo que ya no nos caben más libros. Hoy no. Hoy he decidido mirar a la pantalla para decirte por escrito que TE QUIERO.

Han pasado los años tan deprisa... que casi me da vértigo, y no precisamente por haberme subido al último peldaño de la escalera. Vértigo de pensar que estamos en el último tramo de nuestras vidas, amor mío, y, tarde o temprano, uno de los dos sentirá el insufrible dolor de tener que separarse del otro.

¡Pero bueno!, ¿qué estoy escribiendo? Olvida esto que acabo de poner, amor, y recuerda: aún nos queda mucho por vivir. El hecho de habernos jubilado ya no debe teñirnos de pesimismo el horizonte de cada día. ¿Sabes?, me fastidia este pensamiento recurrente, es como la noria de la negatividad; fue jubilarnos y empezar a escuchar el giro de los cangilones que vierten sobre nuestra vida el agua anunciadora de la decadencia. Una vez y otra la gente te repite que ya estás en esa tercera edad en la que tienes que cuidarte más, ponerte cada invierno la vacuna de la gripe y hacer ejercicio para no encontrarte un día con todos tus huesos entumecidos, como un endoesqueleto de cartón. ¡Pues no! No quiero repetirme esas palabras de marioneta gobernada por lo que dictan las pantallas o los amigos (los íntimos incluso).

Perdóname, Manuel, creo que he perdido el norte. En realidad yo quería hablarte de otra manera y ya ves qué dimensiones está tomando mi extravío.

Te decía al empezar el motivo de esta idea de escribirte. Qué jóvenes éramos entonces y qué cartas más bonitas nos escribíamos. Recuerdo que esperaba al cartero todos los días detrás de la puerta de mi casa, espiando sus pasos. Mi madre se reía de mí, pero es que no me fallabas casi ningún día. A decir verdad, el día que no recibía carta tuya, me llamabas por teléfono y eso que entonces había que llamar desde las cabinas, con aquellas fichas doradas. Era incómodo tener que salir a buscar una cabina; y caro, que las fichas se iban por la ranura sin sentir.

Luego vino la boda y con ella la felicidad de no tener que escribirnos más desde la distancia porque ya vivíamos siempre juntos. Y dormíamos juntos. Y

comíamos juntos. Y trabajábamos juntos. Nos decían que parecíamos siameses, Manuel, ¿te acuerdas?. Qué suerte que nos dieran plaza en el mismo bufete tan pronto. Mucha gente nos preguntaba si no nos cansábamos de vernos tanto, allí sentados uno detrás del otro toda la jornada. Cómo se reían de nuestro empeño en no separarnos. Pues no, no nos cansábamos. Además, no éramos el único caso, ¿verdad? Conocíamos a más de una pareja trabajando en el mismo sitio, el matrimonio de la panadería y más.

Al principio sí nos poníamos notas de amor por la casa, incluso con Manolito y Maía ya nacidos; en nuestros cumpleaños, en nuestro aniversario... el día de San Valentín. Todo, todo eso lo tengo guardado en el viejo archivador, ya lo sabes.

Después al tiempo le dio por correr y a las responsabilidades por multiplicarse y esas cartas de amor empezaron a caer en nuestra vida como caen las gotas de un grifo estropeado, para por fin hacerse ausencia total. Y un día el archivador subió a la balda más alta de la estantería. Y otro día fui yo la que subió a la escalera buscando más sitio para los libros y encontré el archivador...

No importa, Manuel. Nuestra vida es envidiable porque nos queremos, seguimos unidos, seguimos *siameses*, como nos decían los compañeros. Recuerda la frase de Jacinto Benavente que tanto repetíamos: *¿Quién podrá vencerlos si es nuestro el amor?* Era nuestro eslogan. Y nadie nos ha vencido todavía. Es cierto que hemos pasado rachas duras, cuando Manolito se negaba a estudiar el bachillerato y hasta que María sacó las oposiciones a juez; y cuando el accidente, o cuando tu cáncer... Nadie nos ha vencido, ni siquiera el tiempo, que tanta prisa tiene. Seguiremos amándonos un día y otro más, hasta que la vida decida separarnos, ¿o era la muerte?

Te escribo esta carta simplemente para repetirte una vez más que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Te acuerdas cuando de novios dije eso por el micrófono de la discoteca de mi pueblo? ¡Qué sonrisas provocó aquello en las caras de la gente!

Cuando vuelvas, amor, leerás esta carta que yo imprimiré ahora y dejaré encima de la mesa. Mientras, te espiaré como de novia espiaba al cartero. Después esperaré en cualquier habitación de la casa, a que vengas a buscarme. Me abrazarás, me mirarás a los ojos y otra vez me dirás palabras cariñosas. Y yo escribiré sobre tus labios, como ahora estoy escribiendo sobre esta pantalla, con todo mi amor, que TE QUIERO.

Tu amada

Carmen

SEUDÓNIMO: ¿QUIÉN PODRÁ VENCERNOS?